

## La práctica de la presencia de Dios y los libros sapienciales

Sabiduría bíblica, Alianza y santidad de lo ordinario

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

Hay libros cuya fuerza no depende de la complejidad de su arquitectura ni de la novedad de sus conceptos, sino de la pureza con que devuelven el alma a lo esencial. No buscan deslumbrar. No pretenden fundar una escuela. A veces ni siquiera nacen como obras pensadas para la publicación. Y, sin embargo, atraviesan los siglos porque contienen una verdad que no envejece.

*La práctica de la presencia de Dios*, atribuida a fray Lorenzo de la Resurrección, pertenece a esa familia de textos espirituales: breves, humildes, casi desproporcionados respecto de su fruto. Su enseñanza puede formularse de manera sencilla: vivir siempre en presencia de Dios. Pero esa sencillez no debe engañarnos. En ella se concentra una de las intuiciones más hondas de la vida cristiana: Dios no es una idea que se añade a la existencia, ni una emoción reservada a ciertos momentos, ni una devoción confinada al templo. Dios es el Creador que sostiene todo cuanto existe y, por la gracia, el huésped interior del alma.

Esta enseñanza puede leerse desde una clave bíblica más amplia: la gran pregunta sapiencial por el saber vivir. Los cinco libros de la sabiduría del Antiguo Testamento —Job, Proverbios, Eclesiastés, Sabiduría y Eclesiástico— intentan responder, desde distintos ángulos, a una interrogante que atraviesa la historia humana: cómo vivir con sentido, justicia y verdad ante Dios. En ellos aparecen el trabajo, la palabra, la familia, el sufrimiento, la prosperidad de los injustos, la fragilidad del éxito, el uso de los bienes, la muerte y la esperanza. Su preocupación no es sólo qué debe pensarse, sino cómo debe ordenarse la vida.

Fray Lorenzo responde a esa misma pregunta desde la experiencia cristiana de lo ordinario. No lo hace mediante un tratado sistemático, sino a través de una práctica: recordar, amar, ofrecer, volver. Su camino no consiste en abandonar el mundo, sino en habitarlo de otra manera; no en buscar lo extraordinario, sino en descubrir que lo común puede convertirse en materia de comunión cuando se vive ante Dios.

La tesis que guía este ensayo puede formularse en dos movimientos. Primero: la práctica de la presencia de Dios es una respuesta cristiana, cotidiana y sapiencial a la pregunta bíblica por saber vivir ante Dios. Segundo: esa respuesta alcanza su hondura plena cuando se comprende dentro de la Alianza, como vida sostenida por la presencia de Dios,



orientada por el temor del Señor y verificada en la fidelidad amorosa de lo ordinario.

El interés reciente por esta obra tiene un contexto concreto. El padre Pablo Arce Gargollo, reconocido investigador y autor de varios libros sobre Vasco de Quiroga, comenzó a estudiar la figura de fray Lorenzo a partir de la recomendación de un amigo que le habló de “un libro muy bueno”. Ese encuentro lo llevó a preparar una edición crítica de *La práctica de la presencia de Dios*, en el contexto de la causa de canonización de su autor, el Siervo de Dios fray Lorenzo de la Resurrección.

La mención del Venerable Vasco de Quiroga no es accidental. Quiroga, visionario del siglo XVI, logró concretar modelos de vida fundados en la caridad cristiana en sus pueblos-hospital de Santa Fe de México y Santa Fe de la Laguna, en Michoacán. Allí la fe no quedó reducida a discurso moral ni a devoción privada; se hizo hospitalidad, organización social, educación, trabajo y cuidado de los más vulnerables. Fray Lorenzo, desde otro lugar y con otra vocación, manifiesta una verdad semejante: la caridad cristiana no vive en la abstracción. Puede tomar forma en una institución social, como en Vasco de Quiroga, o en la cocina silenciosa de un convento. En ambos casos, la fe se verifica en lo concreto.

A esta recuperación se suma el interés del Papa León XIV por la obra. En la introducción a la edición italiana publicada recientemente por la Librería Editrice Vaticana, el Papa afirma que este texto marcó su vida espiritual y lo formó en el camino para conocer y amar al Señor. También resume su núcleo en una frase luminosa: toda la ética cristiana puede comprenderse como el recuerdo continuo de que Dios está presente: Él está aquí.

## **I. Fray Lorenzo: una santidad escondida**

Fray Lorenzo de la Resurrección nació en 1614. Su nombre civil fue Nicolás Herman. Siendo joven fue soldado y participó en la Guerra de los Treinta Años, donde fue herido. Después de recuperarse parcialmente, solicitó ingresar como hermano lego en la Orden de los Carmelitas Descalzos. En el convento de la Rue de Vaugirard, en París, trabajó primero como cocinero y después como zapatero.

Su figura desconcierta precisamente por su discreción. No fue un teólogo académico. No fue un reformador visible. No tuvo una vida construida para la admiración pública. Su enseñanza nació de una existencia humilde, laboriosa y escondida. Tal vez por eso conserva tanta fuerza.



El libro que conocemos como *La práctica de la presencia de Dios* no fue escrito directamente por él como tratado sistemático. Es una recopilación póstuma realizada por el abad Joseph de Beaufort a partir de conversaciones, cartas espirituales y notas tomadas por interlocutores. Esta circunstancia explica el tono de la obra: no estamos ante una teoría espiritual elaborada desde la distancia, sino ante el testimonio decantado de una vida.

Desde la cocina del convento, fray Lorenzo propone algo sorprendente. No ofrece experiencias místicas extraordinarias. No invita a huir del mundo. Propone algo más simple y más radical: vivir constantemente en presencia de Dios. No sólo en la iglesia. No sólo en los momentos de oración formal. También en medio del trabajo, del cansancio y de las tareas repetidas.

En una época que fragmenta la vida —trabajo por un lado, oración por otro; vida pública por un lado, intimidad por otro; obligación por un lado, devoción por otro—, fray Lorenzo recuerda que todo puede ser habitado desde una misma orientación interior: el amor de Dios.

Esta afirmación permite comprender por qué su testimonio dialoga tan bien con los libros sapienciales. La sabiduría bíblica no separa a Dios de la vida concreta. No habla sólo desde el templo ni desde los momentos explícitamente religiosos. Habla desde la casa, el trabajo, la ciudad, el uso de la palabra, la educación, la justicia, la enfermedad, la muerte, la riqueza, el poder, el sufrimiento y el desconcierto. Fray Lorenzo, desde la tradición cristiana, encarna esa misma orientación: saber vivir es aprender a vivir ante Dios.

## **II. La pregunta sapiencial: cómo saber vivir**

Los cinco libros de la sabiduría del Antiguo Testamento pueden leerse como una gran meditación sobre la vida humana ante Dios. Cada uno responde desde un ángulo distinto a una pregunta permanente: cómo saber vivir.

Job responde desde la prueba. ¿Cómo vivir cuando el justo sufre, cuando las explicaciones se quiebran y Dios parece callar?

Proverbios responde desde la vida ordinaria. ¿Cómo ordenar la conducta, la palabra, el trabajo, la familia, la autoridad, el dinero y la justicia?



Eclesiastés responde desde la experiencia de la caducidad. ¿Qué queda cuando el éxito, el placer, la riqueza o el saber se revelan incapaces de sostener el sentido último?

Sabiduría responde desde la justicia y la esperanza. ¿Cómo comprender la vida del justo cuando su destino no se agota en el cálculo visible de este mundo?

Eclesiástico responde desde la formación moral concreta. ¿Cómo vivir con prudencia, rectitud, temor de Dios, gratitud, dominio de la palabra y fidelidad en las relaciones?

En conjunto, estos libros no ofrecen una receta simple. No reducen la vida humana a moralismo práctico ni a reflexión pesimista. Más bien muestran que la existencia sólo se vuelve habitable cuando se ordena ante Dios. La sabiduría bíblica no es astucia para triunfar, sino arte de vivir en la verdad. Su centro no es la autosuficiencia del hombre, sino la conciencia de que la vida recibida debe ser orientada.

Aquí se encuentra el punto de encuentro con fray Lorenzo. La práctica de la presencia de Dios no es una espiritualidad paralela a la vida, sino una respuesta cristiana a la pregunta por cómo vivir. Su propuesta no consiste en añadir un barniz devocional a las tareas ordinarias, sino en transformar desde dentro la intención con que se realizan. Cocinar, trabajar, servir, obedecer, esperar, sufrir o callar pueden convertirse en actos de amor cuando se viven ante Dios.

La pregunta sapiencial —cómo saber vivir— encuentra así una traducción sencilla y exigente: vivir en presencia de Dios.

### **III. Proverbios: el temor del Señor como principio para saber vivir**

Entre los libros sapienciales, Proverbios ocupa un lugar especialmente importante para este tema, porque sitúa el principio de la sabiduría en el temor del Señor. Esta expresión no debe entenderse como miedo servil ni como angustia religiosa, sino como reconocimiento reverente de Dios, aceptación de la dependencia creatural y disposición a ordenar la vida según una referencia más alta que el propio deseo.

El temor del Señor es, en Proverbios, la respuesta fundamental para saber vivir. No porque suprima la inteligencia práctica, sino porque la funda. El hombre comienza a ser sabio cuando deja de considerarse medida



absoluta de lo real; cuando entiende que sus decisiones, sus palabras, sus afectos, su trabajo y sus bienes deben ser juzgados a la luz de Dios.

Por eso Proverbios no separa espiritualidad y conducta. La sabiduría se expresa en la palabra justa, la prudencia, la templanza, la diligencia, la justicia, la educación de los hijos, la fidelidad, la humildad, la moderación y el dominio de sí. El sabio no es quien acumula información, sino quien aprende a vivir de acuerdo con el orden querido por Dios.

Fray Lorenzo no utiliza ordinariamente el lenguaje veterotestamentario del temor del Señor, pero vive su equivalente cristiano: una conciencia amorosa, continua y humilde de la presencia de Dios. Para él, Dios no es una idea distante ni un recurso ocasional. Es Aquel ante quien se despliega toda la existencia.

Aquí aparece una continuidad profunda. El temor del Señor ordena la vida; la presencia amorosa de Dios la unifica. Proverbios enseña que no se sabe vivir cuando Dios queda excluido del horizonte práctico. Fray Lorenzo muestra que esa verdad puede hacerse carne en la jornada más humilde: en la cocina, en el trabajo, en la repetición, en el servicio escondido.

En ambos casos, el hombre aprende que vivir bien no es simplemente vivir con eficacia, intensidad o éxito. Vivir bien es vivir en referencia a Dios.

#### **IV. Dios ya está presente: creación, gracia y relación**

La cultura contemporánea nos educa con frecuencia en la autosuficiencia. Se nos invita a organizar la vida, el trabajo, la sociedad e incluso la moral como si todo dependiera únicamente de nuestra voluntad. Dios queda desplazado al margen: como idea privada, tradición heredada, consuelo ocasional o recurso emocional para momentos de crisis.

Fray Lorenzo parte de otra certeza: Dios ya está presente.

No está presente porque yo lo imagine. No está presente porque logre sentirlo. No está presente porque consiga retenerlo como pensamiento. Está presente porque es el Creador. La criatura no se sostiene a sí misma. En cada instante recibe el acto de existir. Por eso, la práctica espiritual no consiste en “traer” a Dios a la conciencia, sino en reconocer al que ya sostiene nuestra existencia.

Esta distinción libera la vida espiritual de una carga innecesaria. Si la presencia de Dios dependiera de nuestra capacidad de sentirlo o pensarlo,



quedaría sometida a los vaivenes de la sensibilidad, del cansancio, de la salud, del temperamento o de la imaginación. Pero Dios es anterior a nuestra conciencia. Su presencia no nace de nuestro esfuerzo. Nuestro esfuerzo sólo puede abrirnos a reconocerla, recibirla y responder a ella.

Desde la fe cristiana, esta presencia adquiere una intimidad mayor. Dios no sólo sostiene; por la gracia, habita. Por eso, cuando fray Lorenzo habla de conversar con Dios mientras trabaja, no describe una técnica interior ni una forma de autosugestión. Describe la actualización consciente de una relación ya fundada.

El cristiano no inventa la presencia de Dios. Aprende a vivir desde ella.

Aquí conviene unir la reflexión espiritual con la sabiduría bíblica. El sabio no crea el orden del mundo; lo reconoce. No inventa la verdad; se deja formar por ella. No se coloca como dueño absoluto de su existencia; aprende a recibirla y orientarla. De modo semejante, fray Lorenzo no propone producir artificialmente una experiencia religiosa, sino vivir en la verdad de una relación que ya ha sido dada.

La presencia de Dios no es una fabricación del alma piadosa. Es el fundamento mismo de la vida.

## **V. Presencia como relación, no como representación**

Una de las dificultades modernas para comprender esta enseñanza está en nuestra manera de entender la presencia. Hemos aprendido a pensarla casi siempre en términos de objeto. Si algo está presente, suponemos que debe estar frente a nosotros, disponible, representado, capturable por la conciencia. Si no lo vemos, si no lo sentimos, si no lo podemos convertir en imagen o idea, parece que no está.

Pero Dios no es un objeto.

Reducir la presencia divina a una representación mental constante empobrece la vida espiritual. La convertiría en un ejercicio voluntarista: sostener una imagen de Dios, vigilar la conciencia, no distraerse, mantener un determinado estado interior. Eso agota y distorsiona. La presencia de Dios no es posesión mental. Es relación.

La persona no vive encerrada en sí misma. Es apertura. Vive desde un origen que no se ha dado a sí misma, ante un Dios que la sostiene y hacia un fin que la supera. Por eso, la práctica de la presencia consiste en vivir



ante Dios, no en imaginarlo constantemente. Es un cambio de orientación más que de contenido mental. No se trata de añadir a cada acción un pensamiento piadoso, sino de ordenar la intención del acto: hacer las cosas por amor.

Una madre que cuida a sus hijos, un médico que atiende a un paciente, un maestro que prepara una clase, un empresario que toma una decisión justa, una persona enferma que ofrece su dolor, un trabajador que cumple con fidelidad una tarea cansada, pueden vivir en presencia de Dios aunque no estén formulando pensamientos religiosos de manera continua.

La presencia no consiste en escapar de la acción para pensar en Dios. Consiste en realizar la acción ante Dios, con Dios y por Dios.

Esta distinción también ilumina la sabiduría bíblica. Saber vivir no significa vivir fuera de la realidad concreta, sino dentro de ella con una orientación verdadera. La sabiduría no es fuga de la condición humana; es aprendizaje de su sentido. Fray Lorenzo prolonga esa intuición: la vida no se vuelve espiritual cuando deja de ser ordinaria, sino cuando lo ordinario se abre al amor.

## **VI. Lo cotidiano como lugar de sabiduría**

Uno de los rasgos más notables de la sabiduría bíblica es su atención a lo concreto. Habla desde la vida diaria: la casa, el trabajo, la ciudad, la educación de los hijos, el uso de la palabra, la amistad, la justicia, el dinero, la autoridad y la convivencia. Proverbios enseña que la sabiduría se encarna en decisiones concretas; Eclesiástico muestra que la vida diaria puede ser lugar de obediencia, prudencia y rectitud.

Fray Lorenzo converge con esta intuición. La cocina del convento se convierte en lugar teológico porque allí se ama, se obedece, se sirve y se ofrece el trabajo. La tarea más humilde queda iluminada si se realiza ante Dios.

La materia de la acción puede permanecer idéntica: cocinar, escribir, dirigir, enseñar, limpiar, cuidar, obedecer, acompañar, administrar, esperar. Pero el sentido cambia cuando el acto se ordena a Dios. Lo ordinario adquiere trascendencia. La vida deja de organizarse en compartimentos y comienza a unificarse.

Esta es una de las grandes enseñanzas de fray Lorenzo. No hace falta abandonar la vida ordinaria para encontrar a Dios. Hace falta dejar que



Dios ilumine la vida ordinaria. La cocina del convento no deja de ser cocina. El trabajo manual no deja de ser trabajo manual. La obligación repetida no deja de ser obligación. Pero todo eso puede convertirse en lugar de amor.

La unidad de vida no confunde los ámbitos. La oración conserva su lugar propio; los sacramentos conservan su centralidad; la disciplina espiritual no desaparece. Pero nada de eso queda aislado del resto de la existencia. La oración se prolonga en el deber. La comunión con Dios se verifica en la caridad. La presencia interior se vuelve paciencia, servicio, perseverancia y trabajo bien hecho.

Por eso la práctica de la presencia de Dios no es intimismo. No es refugio emocional. No es repliegue individualista. Es una forma de vivir la realidad entera desde su verdad más profunda.

Aquí los libros sapienciales y fray Lorenzo se encuentran con especial claridad. La pregunta por saber vivir no se responde sólo en momentos excepcionales. Se responde cada día: en la palabra que se dice o se calla, en el trabajo que se ofrece o se idolatra, en la autoridad que se ejerce o se abusa, en la familia que se cuida o se descuida, en el sufrimiento que se atraviesa o se convierte en desesperación.

La sabiduría bíblica enseña que Dios debe ser reconocido en la vida entera. Fray Lorenzo muestra que esa verdad puede practicarse con una sencillez radical: volver a Dios en medio de todo, hacer lo ordinario por amor y dejar que cada acto sea alcanzado por la presencia.

Así, la vida común deja de ser un espacio neutro o fragmentado. Se convierte en el lugar donde el hombre aprende, día tras día, a responder al Dios que lo sostiene y lo llama.

## **VII. Job y la aridez: permanecer cuando no se siente**

La pregunta por saber vivir no se responde sólo en los días claros. También debe atravesar la oscuridad. Por eso el libro de Job ocupa un lugar indispensable dentro de la sabiduría bíblica. En él, la relación con Dios pasa por la prueba, el desconcierto y el silencio. Job no posee explicaciones suficientes para su sufrimiento. No encuentra una respuesta inmediata que organice racionalmente su dolor. Incluso parece que Dios se ha retirado. Y, sin embargo, Job permanece en relación.

Aquí aparece una afinidad profunda con fray Lorenzo. La presencia de Dios no depende del consuelo sensible. Puede vivirse también en la aridez, en



la ausencia de emoción, en el cansancio interior y en la prueba. El alma no siempre siente a Dios; no siempre experimenta fervor; no siempre encuentra claridad. Pero puede permanecer. Puede amar. Puede seguir respondiendo.

La espiritualidad madura no consiste en sentir siempre a Dios, sino en no romper la relación cuando desaparece el consuelo. Job enseña que el justo puede sufrir sin quedar fuera de Dios. Fray Lorenzo enseña que el alma puede amar sin sentir. En ambos casos, la sabiduría no consiste en dominar el misterio, sino en mantenerse ante Dios cuando la inteligencia no logra explicarlo todo.

Esta enseñanza resulta especialmente necesaria en una cultura que suele identificar verdad con intensidad emocional. Si algo conmueve, parece verdadero; si no conmueve, parece vacío. La vida espiritual queda entonces expuesta a una fragilidad constante, porque depende de estados interiores inestables. Fray Lorenzo propone otra medida: la fidelidad. Cuando no hay nada que sentir, queda el amor como decisión libre de permanecer.

La aridez, por tanto, no debe confundirse automáticamente con abandono de Dios. Puede ser purificación. Puede liberar al alma de una forma sutil de posesión: querer apropiarse de Dios como experiencia. El amor maduro no ama a Dios porque lo siente, sino porque Dios es digno de ser amado. En ese punto, la sabiduría de Job y la práctica de fray Lorenzo convergen: la ausencia de explicación o de consuelo no equivale a ausencia de Dios. La prueba puede oscurecer la inteligencia, pero no tiene por qué cancelar la respuesta amorosa.

### **VIII. Eclesiastés: la vanidad de lo que se absolutiza**

Eclesiastés introduce otro acento necesario: la vanidad de todo aquello que pretende ocupar el lugar de lo último. “Vanidad de vanidades” no debe leerse como desprecio de la creación ni como negación amarga de la vida. Es, más bien, una advertencia contra la absolutización de lo penúltimo.

El trabajo, el placer, la riqueza, el prestigio, la inteligencia, la eficacia o el éxito pierden consistencia cuando se convierten en fines últimos. Lo creado se vuelve vano cuando se separa de su fundamento. No porque sea malo, sino porque no puede sostener por sí mismo el peso del sentido. La vida humana se deforma cuando pide a las realidades finitas una plenitud que no pueden dar.



Fray Lorenzo responde existencialmente a esta inquietud sapiencial. Lo ordinario no es vano si está ordenado a Dios. El trabajo no se salva por su brillo, por su reconocimiento público ni por su eficacia visible, sino por el amor con que se realiza. La presencia de Dios rescata la tarea común de la insignificancia, no porque la vuelva espectacular, sino porque la inserta en una relación de amor.

Aquí se advierte una crítica muy actual. Una cultura obsesionada con el rendimiento puede convertir el trabajo en ídolo o en carga insoportable. Cuando la eficacia se vuelve medida absoluta, la persona termina subordinada al resultado. Cuando el éxito se convierte en fin último, la vida queda entregada a una exigencia que nunca descansa. Eclesiastés desenmascara esa pretensión: nada creado puede ser absoluto.

La práctica de la presencia de Dios no elimina el trabajo, pero lo libera de la pretensión de serlo todo. No niega el valor de las tareas humanas, pero impide que se conviertan en sustitutos de Dios. Así, la vida ordinaria se salva de la vanidad no por escapar de ella, sino por ser ofrecida. Eclesiastés recuerda que lo mundano no puede ser absoluto; fray Lorenzo muestra cómo lo cotidiano puede ser transfigurado por el amor.

## **IX. Sabiduría y Eclesiástico: interioridad y vida recta**

Los libros de Sabiduría y Eclesiástico permiten profundizar en otra dimensión: la sabiduría no es simple habilidad práctica ni astucia para vivir mejor. Es don que forma el corazón y conduce al justo por un camino de rectitud. No se reduce a cálculo prudencial; implica una transformación interior.

En Sabiduría aparece con fuerza la relación entre justicia, esperanza e interioridad. La vida del justo no se comprende plenamente desde el cálculo visible de este mundo. Hay una profundidad de la existencia que sólo se entiende desde Dios. Eclesiástico, por su parte, desciende a la formación moral concreta: la palabra, la gratitud, la prudencia, la amistad, la obediencia, la humildad, el dominio de sí, la rectitud en las relaciones. Ambos libros muestran que saber vivir no es sólo resolver problemas, sino dejar que la vida entera sea educada por Dios.

Desde esta perspectiva, el paralelismo con fray Lorenzo resulta fecundo. La sabiduría bíblica habita en el justo como principio de vida. En la experiencia cristiana, Dios habita por gracia en el alma. La vida recta no es sólo cumplimiento exterior, sino fruto de una presencia interior que transforma la intención, la mirada y la acción.



Fray Lorenzo no utiliza un lenguaje técnico sobre la inhabitación. Sin embargo, describe la vida de un alma que actúa desde esa conciencia: Dios está presente, Dios habita, Dios sostiene, Dios llama. La tarea diaria se convierte entonces en respuesta. La cocina, el trabajo manual, la obediencia y el servicio no son simples actividades exteriores; pueden volverse expresión de una vida interior unificada.

La sabiduría bíblica educa al hombre para vivir ante Dios. La práctica de la presencia educa al cristiano para vivir desde Dios. En ambos casos, la rectitud no nace de una moral exterior aislada, sino de una relación que ordena el corazón.

## **X. De la sabiduría a la Alianza**

La convergencia entre los libros sapienciales y fray Lorenzo puede formularse con sobriedad. La sabiduría bíblica enseña el temor del Señor; fray Lorenzo habla de vivir ante Dios. La tradición sapiencial educa en la perseverancia cotidiana; él invita a santificar lo ordinario. La Escritura une justicia y vida concreta; el hermano carmelita ofrece el trabajo como acto de amor. Job atraviesa la prueba; fray Lorenzo enseña a amar en la aridez. Eclesiastés relativiza el éxito mundano; la práctica de la presencia impide que la eficacia o el reconocimiento se absoluticen.

No se trata de afirmar que ambos discursos sean idénticos. Sus contextos, lenguajes y desarrollos son distintos. Pero convergen en una misma intuición espiritual: la vida humana alcanza su verdad cuando se vive referida a Dios.

Esa intuición se comprende mejor dentro de la Alianza. En la Biblia, la relación entre Dios y el hombre no se formula principalmente como idea abstracta, sino como vínculo. Desde Noé, Abraham y Moisés hasta la Nueva Alianza en Cristo, la Revelación aparece como iniciativa divina que establece una relación estable, personal y comprometida. Dios toma la iniciativa; el hombre responde.

No se trata sólo de una presencia ontológica, aunque la presupone. Es una relación histórica y personal. En clave metafísica, Dios está presente como Creador. En clave sapiencial, el hombre aprende a vivir ante Él. En clave de Alianza, vive comprometido ante Él.

Fray Lorenzo no habla explícitamente de “Alianza”. Sin embargo, su práctica presupone una relación ya establecida por la gracia. Por eso, la presencia de Dios no debe entenderse sólo como conciencia interior, sino



como fidelidad dentro de una relación iniciada por Dios. Vivir en presencia de Dios es vivir dentro de una respuesta.

## **XI. La Nueva Alianza y la presencia interior**

En el Nuevo Testamento, la Alianza alcanza su plenitud. Dios no sólo establece un pacto exterior; habita en el corazón. La ley ya no está sólo en tablas, sino inscrita interiormente. La relación con Dios no se reduce a mandato externo, sino que se convierte en comunión ofrecida por la gracia.

Aquí la práctica de la presencia adquiere su sentido cristiano más pleno. No se trata de recordar un pacto lejano, sino de vivir desde una presencia interior. La inhabitación es la forma interiorizada de la Alianza. Por eso, la práctica de fray Lorenzo no es técnica de concentración, sino actualización de una comunión ya otorgada.

Esta precisión evita dos errores opuestos. Por un lado, evita el quietismo: la presencia de Dios no anula la libertad ni convierte al alma en pasividad pura. Por otro, evita el voluntarismo: el hombre no produce por sí mismo la presencia que lo salva. La recibe y coopera con ella.

La vida espiritual cristiana es respuesta libre a una iniciativa divina. Sus actos más pequeños —volver el corazón a Dios, ofrecer el trabajo, pedir perdón tras la distracción, reanudar la relación, hacer lo común por amor— son actos libres dentro de una comunión iniciada por Dios. La presencia no absorbe la libertad; la orienta, la purifica y enseña a habitar el mundo desde otro centro.

## **XII. La lógica paradójica del amor**

La Alianza bíblica posee una lógica que muchas veces contradice el cálculo humano. Dios no elige a los preparados; prepara a los elegidos. Prefiere al débil. Pide fidelidad antes que éxito. Permite la prueba como purificación. Hace fecunda la pequeñez cuando está sostenida por la gracia.

Fray Lorenzo encarna esa misma lógica. No busca lo espectacular. No depende del resultado. No absolutiza la eficacia. No sostiene la vida espiritual sobre la emoción. Su camino está estructurado por la fidelidad.

Esta es la lógica paradójica del amor: lo pequeño puede ser grande, la perseverancia silenciosa puede ser fecunda, la vida escondida puede



alcanzar una altura que la visibilidad pública no garantiza. La cocina del convento puede convertirse, a su modo, en lugar de sabiduría no menos real que los espacios donde Israel meditó sobre el arte de vivir ante Dios.

No se trata de una contradicción irracional, sino de una inversión evangélica de nuestros criterios espontáneos. Para el mundo, la grandeza suele medirse por visibilidad, rendimiento, influencia o poder. Para Dios, por el amor con que se cumple su voluntad. Lo humilde no es automáticamente santo, pero puede ser ofrecido. Y lo ofrecido, aunque parezca pequeño, queda incorporado a una lógica más alta que la del éxito.

La inteligencia que conoce a Dios alcanza su plenitud cuando se ordena al amor. La verdad cristiana no termina en formulación correcta, aunque la necesita. Termina en caridad. Y la caridad muchas veces se esconde en la paciencia, la puntualidad, el silencio, la obediencia, el perdón, el trabajo bien hecho o la perseverancia en una tarea sin brillo.

### **XIII. El criterio de autenticidad**

Precisamente por eso, la práctica de la presencia de Dios exige discernimiento. No toda interioridad religiosa es auténtica, ni toda emoción piadosa equivale a presencia de Dios.

La pregunta central no es: “¿Siento más a Dios?”. Tampoco: “¿Tengo mayor recogimiento?”. Las preguntas verdaderamente cristianas son otras: ¿soy más paciente?, ¿sirvo mejor?, ¿disminuye mi orgullo?, ¿cumpló mejor mis deberes ordinarios?, ¿perdono con más prontitud?, ¿mi oración se traduce en obras?

La presencia auténtica produce una transformación ética estable, no una excitación afectiva. Si la práctica es donación, su fruto visible debe ser donación real. Por eso también existen señales de desviación. Buscar sentir para validar a Dios puede convertirse en dependencia afectiva. Creer que “como estoy con Dios, da igual lo que haga” es una forma de indiferencia moral. Despreciar la disciplina, la comunidad o los sacramentos revela una espiritualidad mal ordenada. Y quizá la desviación más sutil sea el egocentrismo espiritual: creer que uno “ya vive en presencia de Dios” como si esa conciencia dispensara de la conversión.

La verdadera presencia simplifica. No vuelve al alma ansiosa, comparativa o autosatisfecha. No produce desprecio de los demás. No convierte la vida



espiritual en motivo de superioridad. Hace al alma más humilde, más dócil, más agradecida y más realista. La presencia de Dios no infla. Purifica.

#### **XIV. Las máximas: una pedagogía del corazón**

Las máximas atribuidas a fray Lorenzo no son adornos devocionales. Son huellas de una pedagogía espiritual. Enseñan a mirar dentro de uno mismo, a no huir de la propia miseria, a trabajar sin vanidad, a volver a Dios sin tardanza y a convertir lo ordinario en materia de amor.

Invitan, ante todo, a la verdad interior: reconocer las virtudes que faltan, las dificultades más persistentes, los pecados frecuentes y las ocasiones habituales de caída. Quien vive ante Dios no necesita fingir. Puede reconocer su pobreza porque no descansa en su propia perfección, sino en la misericordia.

También enseñan a mirar la creación como lugar de providencia. El episodio del árbol despojado de sus hojas es central: al contemplarlo en invierno y considerar que volverían las hojas, las flores y los frutos, fray Lorenzo recibió una profunda visión del poder y la providencia de Dios. La naturaleza se volvió escuela de confianza. La vida aparentemente seca no estaba muerta; esperaba su fruto.

Sus máximas insisten en la resolución, en la urgencia sobria de abrir paso a la gracia, en la necesidad de recuperar el tiempo perdido y en el trabajo espiritual perseverante. La presencia de Dios no elimina la lucha. La hace posible.

También exigen ordenar el amor. Lo creado es bueno cuando conduce al Creador; se vuelve obstáculo cuando pretende ocupar su lugar. Por eso fray Lorenzo puede afirmar que nuestro único negocio en esta vida es complacer a Dios. La expresión puede incomodar a la sensibilidad moderna, pero encierra una gran libertad: la vida se simplifica cuando se ordena a su fin último.

Todo desemboca en el trabajo hecho por amor. Una de sus frases más bellas resume toda la doctrina: el método más excelente para ir a Dios es cumplir las tareas más comunes sin deseo de agradar a los hombres, sino haciéndolas, hasta donde somos capaces, puramente por amor a Dios.

Aquí se condensa la práctica de la presencia: no huir de lo común, sino hacerlo transparente al amor.



## **XV. Habitar el mundo ante Dios**

La práctica de la presencia de Dios no es una técnica espiritual ni un refinamiento psicológico. Es una forma de vivir la realidad tal como es: sostenida por el Creador, habitada por la gracia y llamada al amor.

La sabiduría bíblica enseña que el hombre vive bien cuando vive ante Dios. Proverbios lo expresa como temor del Señor; Job lo muestra en la prueba; Eclesiastés lo recuerda al desenmascarar la vanidad de lo absoluto mundano; Sabiduría y Eclesiástico lo desarrollan como justicia, interioridad y formación concreta de la vida. Fray Lorenzo traduce esa herencia a los gestos más simples de la jornada.

Si la Alianza es uno de los ejes estructurantes de la Revelación, la práctica de la presencia puede entenderse como su traducción existencial diaria. Vivir en presencia de Dios significa recordar la iniciativa divina, responder libremente, perseverar y unificar la vida en caridad. Significa no absolutizar el trabajo, no idolatrar el éxito, no dejar que el sufrimiento destruya el sentido y no fragmentar la existencia entre lo religioso y lo cotidiano.

Fray Lorenzo no nos entrega una espiritualidad espectacular. Nos entrega algo más difícil y más fecundo: la posibilidad de que toda la vida sea lugar de encuentro con Dios. La cocina, el cansancio, el trabajo, la obediencia, la enfermedad, la aridez, la repetición y el silencio pueden convertirse en materia de amor.

La paradoja final es profundamente bíblica: la grandeza de la Alianza no se manifiesta necesariamente en acontecimientos extraordinarios, sino en la fidelidad silenciosa de quien cocina, trabaja, enseña o gobierna sabiendo que vive ante Dios.

Dios ya está presente. La cuestión es si queremos vivir ante Él.

**7 de enero 2026**

